

NIKLAS LUHMANN

Teoría política en el Estado de Bienestar

(Madrid, Alianza, 1993)

La lectura de este texto de Luhmann me ha arrastrado al final a esta pregunta: ¿es posible el milagro? Como el milagro muestra en acto lo imposible, la pregunta inicial ha acabado por desembocar en la siguiente, que, además, es más estilísticamente luhmanniana: ¿es posible lo imposible?

Es evidente que con una presentación así este lector da muestras de su frágil carácter camaleónico: hace una pregunta luhmanniana a Luhmann, incorpora su estilo de argumentación, su peculiar retórica, su incansable tendencia a reconducir el cartesiano linealismo del pensamiento a la circularidad y la paradoja de las que ha de salir rejuvenecido y ensanchado. Y es que Luhmann puede provocar irritación o entusiasmo; nunca indiferencia. En razón de ello, uno se ve atrapado en sus mallas argumentales y

acaba haciéndose luhmanniano mal que le pese. Y así resulta que hacerle preguntas no-luhmannianas se convierte en un absurdo o en la muestra de la propia incompetencia como lector. Al cabo, sólo queda aceptar el reto de la reflexividad y, por lo tanto, alguacilar al mismo alguacil, es decir, procesar luhmannianamente a Luhmann.

Tras este retorcido homenaje a uno de los pensadores más creativos e inteligentes en el actual panorama de la ciencia social, es preciso volver a la urgente pregunta inicial: ¿es posible lo imposible? La respuesta que dicta la prudencia es que no, pero ni los santos ni el diablo estarán de acuerdo: los primeros, porque creen que extremando la virtud se puede llegar a la gracia; el segundo, por su consustancial escepticismo ante el arbitrario orden del cosmos. Luhmann es ambas

cosas a la vez, un extremo de virtud y un escéptico descreído. Es lógico entonces que proponga la posibilidad de lo imposible. Por lo demás, al hacerlo, no se sitúa lejos de la por él denostada tradición vetero-europea que, con la salida teológica de la Mano Invisible, también intentó demostrar la posibilidad de lo imposible. ¿Luhmann y Adam Smith en el mismo carro? Aunque parezca imposible, tal es el caso y espero demostrarlo.

Vayamos al libro que estoy comentando. En *Teoría política en el Estado de Bienestar*, Luhmann propone pensar radicalmente la crisis del Estado de Bienestar. Pensar radicalmente no supone en este caso precipitarse en las jeremiadas, reconfortarse en términos de humanismo emancipador o firmar el finiquito de las presentes democracias, sino enfocar el tema desde un punto de vista nuevo que sea realista y abstracto a la vez. Realista porque, más allá de deseos y tradiciones, intenta dar cuenta del problema tal como se da actualmente; abstracto porque es consciente de que precisa simplificaciones para procesar y hacer significativo el informe ruido de fondo con que se nos muestra la realidad. Conclusión: para dar cuenta de esa crisis es preciso contar con una potente teoría del sistema político que nos permita describirlo en su actualidad.

La relación sumaria de las propuestas de esa teoría ocupa la mayor parte del libro, aunque siempre en conexión con el específico tema de partida. Esas propuestas no facilitan un ágil resumen, aunque intentaré alcanzarlo. El punto de partida implícito —y recurrente en las argumentaciones— es un diagnóstico evolutivo.

Asegura que las sociedades actuales son el resultado de un proceso multi-secular de diferenciación funcional, que ha sustituido a las anteriores formas de la diferenciación segmentaria y jerárquica. En razón de ello, nuestras sociedades han de ser observadas (descritas y pensadas) en el marco de la teoría de los sistemas autopoieticos, pues sólo ésta puede dar cuenta de los resultados alcanzados por la diferenciación funcional.

Fijado este punto de partida, se hace disponible un potentísimo aparato de observación que permite concebir las sociedades actuales como sistemas acéntricos y autorreferenciales situados en un entorno complejo *sobre* el que se comunican, aunque no puedan comunicarse *con* él. La oscuridad del enunciado no ha de desanimar. Un análisis de los conceptos propuestos permitirá echar luz sobre su significado y, lo que es más importante, sobre sus implicaciones. En el marco de éstas será posible retomar la pregunta decisiva sobre la posibilidad del milagro.

Acéntrico es aquel sistema en el que no es posible aislar una instancia que lo represente o dirija como un todo. Autorreferencial, aquel en el que sus operaciones y procesos característicos se remiten o dirigen a sí mismos. Entorno complejo es aquel con el que un sistema no puede mantener una relación causal unívoca o punto por punto. Que la comunicación verse sobre el entorno, pero no sea una comunicación con el entorno, significa que está sometida a los específicos filtros del sistema y que nada asegura el «realismo» de las observaciones del sistema sobre su entorno.

La proyección de estas proposiciones teóricas generales sobre la situación presente de los sistemas políticos en su fase de Estado de Bienestar es la siguiente. En sociedades acéntricas, el sistema político no puede cumplir funciones de representación o dirección del entero sistema social. Sus procesos (las decisiones políticas) son autorreferentes, es decir, parten de y se relacionan con procesos específicamente políticos, sometidos a la lógica de la comunicación política. No quiere esto decir que la política viva en un aislamiento perfecto. Por el contrario, su situación es de interdependencia con el resto de los subsistemas sociales. Pero esa interdependencia no es sometible a un estricto cálculo o control racional. En primer lugar, por la especial sordera del sistema político: los ruidos del exterior son filtrados y hechos significativos a partir de cedazos específicos, que no aseguran que los temas políticos emergentes sean los relevantes y sensatos desde la perspectiva de los entornos en los que se han suscitado. En segundo lugar, porque, al actuar sobre el entorno, el sistema político, como el aprendiz de brujo, pone en marcha procesos que no puede controlar y que, al final, aunque haya contribuido a producirlos, le aparecerán como problemas extraños a asumir: hijos irreconocibles y monstruosos. Sordo para el ruido de fondo, ciego para el porvenir, el sistema político se reafirma en su autoproducción (autopoiesis).

En este marco se define el problema del Estado de Bienestar. Debido a un proceso histórico de inclusión creciente y a la lógica de la compensación que lo caracteriza (todo mal

puede y/o debe ser compensado por el Estado), el Estado democrático de Bienestar está sometido a un destino imposible y trágico. Es imposible porque pretende alcanzar la representación o dirección del todo, de cuyas insuficiencias y carencias es responsabilizado. Es trágico porque su universal competencia se torna continua y típicamente en demostración de una incompetencia que él mismo ha de remediar. Se convierte así en un aprendiz de brujo dedicado crecientemente a poner remedio a sus propios desmanes. Remedios que, Luhmann asegura, no puede alcanzar, pues carece de los instrumentos adecuados para hacerlo.

¿Qué hacer ante una situación así? Ser realista y, aparentemente, pedir lo posible. Dada la imposibilidad de un tutelaje político universal, dada la complejidad de los entornos no políticos y la especificidad, extraña a la política, de sus códigos de comunicación, dada la limitación de los instrumentos típicos que están a disposición del Estado para actuar y el peligro que supondría una ampliación de éstos, dada la altísima tasa de cambio a que están sometidas las sociedades actuales, lo único factible es una restricción de la esfera de acción del sistema político. El Estado de Bienestar ha de conocer y aceptar sus límites y ha de dejar operar a los otros sistemas sociales, reprimiendo sus pretensiones de redención universal. ¡Cada sistema a lo suyo y ¡Dios? con todos!

¿Adam Smith? Sí, pero con ropas posmodernas no desdeñables. Como Adam Smith —pero con más motivo tras la trifulca cultural del 68—, su realismo consiste, en definitiva, en

pedir lo imposible: medida en la desmedida, orden en el desorden. El escocés lo aseguraba casi teológicamente por medio de la Mano Oculta. Luhmann lo afirma como un acto de fe a pesar de ser el más divertido, descreído y cínico de los mortales. En el fondo, ambos afirman el milagro: lo imposible es posible.

¿Por qué aseguro que se trata de lo imposible? La razón no es difícil de alcanzar. Si aceptamos la reconstrucción de la situación que proporciona Luhmann —y creo que, a grandes rasgos, hay que aceptarla—, no se comprende cómo se puede introducir autocontrol, medida y orden en un sistema que está naturalmente desordenado. Si me interesan y convencen los análisis de Luhmann es justamente por esta conclusión (su cara satánica) que muestra cómo, utilizando un aparato analítico muy abstracto, se puede alcanzar un diagnóstico muy realista (sin disfraces ni tapujos) de la situación presente. Esta situación es de desorden estructural, producto de la creciente complejidad de un sistema acéntrico cuyos elementos actúan según lógicas que no se pueden subsumir a una dominante y chocan continuamente entre sí. El resultado es la caotización, la precarización del orden, la proliferación de efectos perversos que dan pie a soluciones perversas. Pretender ante una situación así instaurar un principio de racionalización y de medida es tanto como abogar por la santidad en un contractualismo escrito por Mefistófeles. Si el Estado de Bienestar está sometido a la tensión o contradicción que Luhmann establece entre sus pretensiones de redención universal y la limitación

de sus medios específicamente políticos —lo que le crea una situación de sobrecarga endémica—, tal contradicción constituye su ser más propio y ha de vivir con ella sin saber ni poder remediarla. La única salida definitiva sería la catástrofe, pero entonces no estaríamos hablando de la reforma del Estado de Bienestar, sino de su desaparición y sustitución por alguna otra cosa. Cuál sea no lo podemos saber, pues, como el mismo Luhmann nos recuerda, la evolución es un proceso improbable, no programable y sólo asumible.

Acabaría torcidamente estos comentarios si no agregara algo y en estilo muy luhmanniano. Si el milagro es imposible y, por ello, la solución que Luhmann propone acaba cayendo en el voluntarismo que él mismo execra, queda, con todo, el hecho de que, desde otro punto de vista, el milagro se produce todos los días. En efecto, nuestras sociedades son menos catastróficas, inestables y precarias de lo que el análisis diagnóstica. Si, por decirlo con una estupenda metáfora de Luhmann, su dinámica es la de un «vuelo ciego», en ellas se afirma lo que Kafka (*El Proceso*) llamaba un «azar dichoso». ¿Cómo es posible que un proceso caótico y ciego se configure como azar dichoso que permite la existencia de sistemas muy complejos y altamente improbables? Creo que ésta es la pregunta fundamental de la ciencia social. Luhmann tiene el mérito de haberla enunciado y de proporcionar algunos elementos para alcanzar algún día una respuesta convincente. Pero la respuesta todavía no está disponible.

Ramón RAMOS TORRE